

En la galería del coro hay una reliquia mas célebre: la mesa de la Cena, ó por lo menos un pedazo de ella, y el sacristan asegura ser la mesa en que Jesucristo celebró su última comida. Es una tabla gruesa, muy agujereada por la polilla y rodeada de un listón de bronce dorado; tiene cerca de 1 metro

de largo por cada lado, y está colocada perpendicularmente, de modo que se aplica al girar sobre unos goznes, á lo largo de un cristal que permite verla en las ceremonias de los dias santos, durante los cuales se ilumina con profusion.

Los dos relicarios que contienen las cabezas de San



Exaltacion de Pio IX.

Pedro y San Pablo, están colocados encima del altar mayor en el tabernáculo que lo cubre, y se ven al través de la reja y de unas cortinas de seda que medio los ocultan.

Desde San Juan de Letran llegué á Santa María Mayor; al pasar por cerca de Santa Práxedes entré en esta iglesia para ver sobre el altar en que está es-

puesta á la vista del público la columna de la Flagelacion, que ayer ví en su capilla. ¿Qué hacian los viajeros? La iglesia estaba desierta. Al lado de la columna habia algunas espinas de la Pasion.

Prometíame ver en Santa María Mayor el Pesebre; pero está encerrado en la fábrica del altar de la capilla, á la derecha del altar mayor de la basílica. Nunca se ve esta reliquia, pues solo cuando la nueva Confesion y el sepulcro del papa actual (que actual-

MARTES SANTO.

Las reliquias.—Huellas de los pies de Jesucristo.—San Sebastian.—Las catacumbas.—Santa Bibiana.

Utilicé los ocios de este dia en examinar por última vez diferentes cosas que, aunque independientes

mente se construyen) se hallen terminados, se depositará debajo del altar mayor.

El sacristan que abre la capilla se complace mucho en hacer saltar delante de los viajeros un gato blanco muy bien adiestrado: ejercicio inocente, sin duda, pero altamente intempestivo en una basílica.



Penitenciaro ordinario.

de las ceremonias en sí mismas, se enlazan íntimamente con ellas. Mañana empezarán los Oficios divinos en la capilla Sixtina, y me es preciso acabar mis visitas á los principales santuarios de la Roma moderna.

Las reliquias tienen tan gran importancia en la historia del catolicismo, que todo lo que á ellas se refiere está organizado y dispuesto con particular esmero. Una institucion especial, la Congregacion de las Reliquias, clasifica éstas, las discute y distribuye. Con frecuencia se encuentran nuevas reliquias, sobre todo en las catacumbas. Cuando se cree haber descubierto los restos de algun mártir, la Congregacion examina si en virtud del estudio de los hechos procede admitirlos en el número de los objetos venerados, y si su decision es favorable los bautiza y les

aplica un nombre cuando ha sido imposible hallar el verdadero.

No es ciertamente un beneficio simple el cargo de miembro de la Congregacion de las Reliquias, pues á ésta llegan innumerables peticiones de todos los paises del mundo, en demanda de algunos de esos sagrados testimonios. Es sumamente difícil obtener reliquias mayores, como las de Jesucristo, á no contar con alguna muy alta é influente proteccion; por lo que respecta á las reliquias menos escepcionales, se puede tener mas esperanza de conseguir las. El peticionario debe enviar un relicario, pues sin este requisito no se responde á su peticion, y debe tambien pagar el precio de los auténticos. Los auténticos son el certificado que se espide al mismo tiempo que las reliquias, y consignan el nombre del mártir y el

del peticionario, y llevan, con la fecha de la entrega, la firma de uno ó mas miembros de la Congregacion. Estos gastos de relicario y de certificado son muy módicos.

El jueves anterior al domingo de Ramos se esponen en la Custodia del Vicariato, cerca de la iglesia de San Agustin, las reliquias de los mártires descubiertos durante el año anterior. La Semana Santa es el tiempo oportuno para las personas que desean asistir á las exhibiciones de las reliquias. El Anuario del abate de Montaut dice que el día de Pascua se esponen en San Juan de Letran treinta y dos reliquias, algunas de las cuales son mayores, esto es, de Jesucristo;—en Santa María Mayor, veinte y cuatro;—en Santa Práxedes, diez y nueve;—el lunes de Pascua, en San Pedro, ciento diez, importantes. Además, los Miércoles, Jueves y Viernes Santos se esponen en San Pedro las grandes reliquias de la Pasion, de que te hablaré mañana ó pasado. Hoy me dirigí á San Francisco in Ripa.

Cuando se entra en Roma por el Transtevere, entre el Tiber y la puerta de San Pancracio, se pasa por delante de la iglesia y del convento de San Francisco in Ripa. Una calle recta y bastante ancha los pone en comunicacion con la iglesia de Santa María de Transtevere; y desde las altas azoteas de San Pedro de Montorio la vista domina el patio del claustro, rodeado de sus arcos. En el convento se visita el aposento en que vivió San Francisco de Asis, y allí se muestran algunas reliquias de Jesucristo.—El viajero tiene el permiso de coger en el jardin contiguo al convento algunas hojas del naranjo á cuyo pie solia sentarse San Francisco.

Hay en Roma tres árboles célebres bajo diferentes aspectos, y de los cuales puede el viajero llevarse tambien algunas hojas: el naranjo ya mencionado; la encina del Taso en San Onofre del Janículo, y el naranjo de Santo Domingo en santa Sabina, sobre el Aventino; al lado de éste árbol, cuyas ramas viejas están ya medio huecas, se muestra uno lozano y vigoroso, plantado há pocos años por el padre Lacordaire.

Aunque la iglesia de San Francisco in Ripa no puede competir en cuanto á la importancia de sus reliquias con San Pedro, por ejemplo, ni aun con las demás basílicas, posee no obstante gran número de ellas. Cada convento espone las suyas de la manera que le parece mas conveniente; aquí están colocadas en una especie de armario con cristales que el custodio hace girar lentamente á la vista de los espectadores.

Desde San Francisco in Ripa llegué al Puente Rotto, y luego á la plazuela de Santa María in Cosmedin; nada hay tan hermoso como aquel solitario sitio; las glicinas, plantas del género de las legumi-

nosas, cubren las paredes; Santa María ostenta su pequeño campanario cuadrado, esbelto, con algunas incrustaciones de alfarería barnizada, y en frente se ve una fuente elegante y el templo de Vesta, bajo el cual pasa la *Cloaca máxima*. Una reflexion entristece el brillante sol que alumbra dicha plaza, pues está destinada á las ejecuciones capitales: idea desagradable en medio de aquel paisaje en que los pajarillos se solazan pacíficamente, viéndose contrariados tan solo durante algunas horas del día por los curiosos que pasan en coche, ó por algunos soldados que hacen melancólicamente el ejercicio.

Continué mi camino dejando á mi derecha el Aventino y los restos colosales de las Thermas de Caracalla, y poco despues llegué á la puerta de San Sebastian, fuera de los muros de Roma. Fuí á la basílica que da su nombre á la puerta, á ver la huella de los pies de Jesucristo y algunas galerías de las catacumbas.

Desde el Forum hasta la puerta de San Sebastian los barrios son dilatadas soledades, y cuesta mucho trabajo imaginar que hace algunos siglos aquel era el rico y elegante barrio á que iba á parar la Via-*Apia*. Se pasa por delante del sepulcro de los Escipiones y del valle de Egeria; todo esto se halla cerrado con puertas en las que hay custodios dispuestos á guiar los viajeros. El arco de Druso sirve de puerta, medio enclavado en el muro; lo pasé y entré en la famosa Via-*Apia*; pero esta via célebre no es pintoresca sino mucho mas allá, es decir, únicamente en el punto en que desembarazada de sus cercas permite ver en su derredor la campiña romana. Durante largo trecho está rodeada de tapias que la hacen muy desagradable, y algunos viajeros temen segun se dice, encontrar en ella bandidos italianos; pero sólo se ven pastores, trabajadores inofensivos, y á veces alguna de esas pintorescas carretas tiradas por enormes bueyes negros, de retorcidas astas y tardo paso.

Un poco antes de llegar á la antigua Via-*Ardeatina* es preciso dar un rodeo. Los muros de Roma se estienden desde la puerta de San Pablo hasta Santa Cruz de Jerusalem; en los primeros términos, las espaciosas praderas romanas forman ondulaciones cubiertas de cultivos, de viñedos y construcciones mezquinas pero de agradable aspecto, y detrás de los muros descuellan los remates de los edificios de Roma. La villa Mattei, á la izquierda, estiende sus azoteas; y á la derecha, San Juan de Letran parece levantar su corona de estatuas para hacerles mirar las montañas de la Sabina.

La pequeña iglesia *Domine, quo vadis* está situada cerca de este punto de vista, precisamente en la encrucijada de la Via-*Apia* y de la antigua Via-*Ardeatina*. Es una construccion ordinaria y sin pretensiones, en la que algunos relieves de yeso pintado repre-

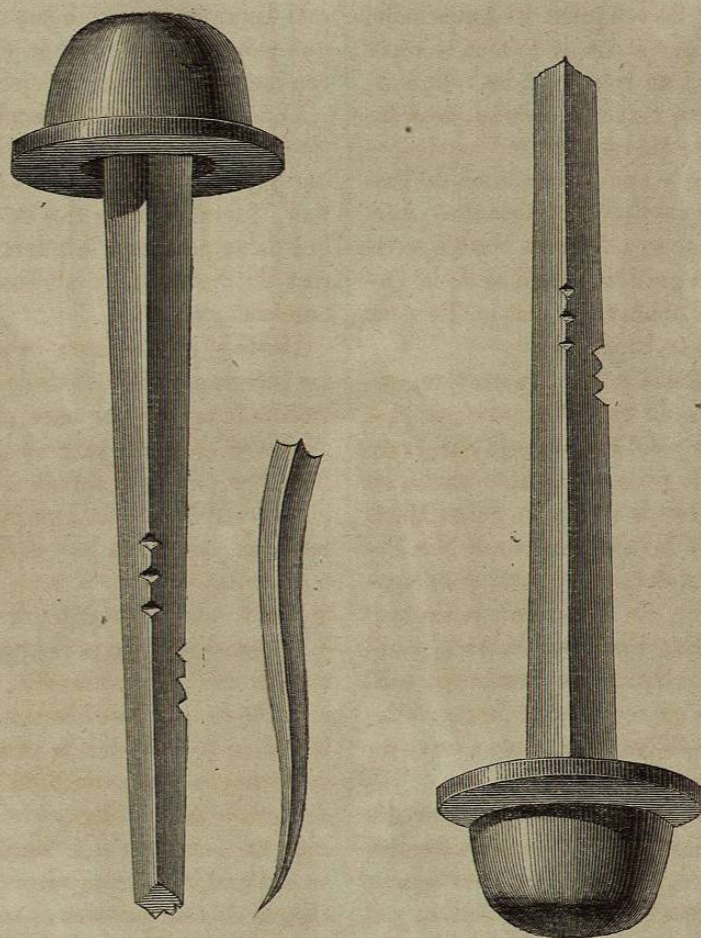
sentan la Pasion; en el suelo hay incrustada una piedra que presenta en hueco las huellas de los pies de Jesucristo, ó por lo menos una copia de la verdadera huella, que está en San Sebastian. Una lápida de mármol refiere el milagro que dió motivo á la construccion de esta pequeña capilla. Cuando san Pedro se fugó, merced á la milagrosa intervencion de un ángel, de la cárcel en que estaba encerrado, de-

túvose para descansar á lo largo de la Via-*Apia*, y se le apareció Jesucristo.

—«Maestro, ¿á dónde vas? le preguntó san Pedro.

—Voy á Roma, replicóle Jesucristo, para ser martirizado otra vez.»

San Pedro, que huía, comprendió la leccion; volvió á Roma, y sólo sobrevivió poco tiempo. En el sitio en que Jesucristo se detuvo quedaron impresos



Clavo de la verdadera cruz.

sus dos pies sobre la piedra; y una porcion del suelo en que estaba la señal fue arrancada y trasladada á San Sebastian, habiéndose colocado la copia en el mismo sitio, rodeada de una verja.

Desde la iglesia de *Domine quo vadis* la Via-*Apia* se dirige hácia la montaña y se divisa á lo lejos como una estrecha cinta blanquecina que se destaca á manera de una raya sobre las colinas de Albano.

San Sebastian se mostró á mi derecha, en el fondo de un terraplen en declive. Algunos hermosos cipreses rodean la fachada; su aspecto es triste, el suelo negruzco y su conjunto se resiente de cierta frialdad.

El sacristan recorrió una cortina que cubria al lado derecho un armario con cristales, y me dijo que

en él se contenian setenta y cuatro mil reliquias; pero las mas importantes eran las de San Sebastian, esto es, la columna á que este santo fue atado, dos de las flechas que atravesaron su cuerpo y la huella de los pies de Jesucristo, trasladada allí desde la iglesia *Domine, quo vadis*; huellas muy ligeramente señaladas en una piedra esponjosa y verdusca.

El sacristan, al descorrer la cortina del armario, me propuso que visitase las catacumbas; esto era lo que yo deseaba, aunque aquel paseo subterráneo no me halagaba mucho, pues dícese que ocurren á veces varios percances en los pasadizos, y no hubiera sido de mi gusto permanecer, aunque sólo fuese algunas horas, en un subterráneo. Tengo siempre pre-

sente en mi memoria una relacion que aprendí en el colegio, tomada de una coleccion de fragmentos de literatura, en la que se refiere que un viajero que recorria las catacumbas perdió el hilo conductor, la luz y lo que es peor, el tino. La narracion á que me

refiero me impresionó fuertemente en mis primeros años, y no me sentia inclinado á experimentar por mí mismo si la expresion de aquellas ideas bajo tierra, era exacta. No obstante, me decidí: el sacristan me dió unas velitas destinadas especialmente para las ca-



Un capuchino y un dominico en la sala regia.

tacumbas; hícele repartir algunas á unos soldados que esperaban allí la ocasion de visitar las catacumbas sin desembolsar un céntimo, y bajé á ellas.

Las catacumbas, á ciertas partes de las cuales se va en estos dias santos á hacer estaciones, han dado márgen á numerosas controversias. ¿Cómo han sido abiertas? ¿En qué época? ¿Por quién? ¿No han servido sino para los cristianos? ¿No han sido abiertas sino por ellos? ¿En qué tiempo empezaron los primeros

enterramientos? ¿Cuándo terminaron los últimos? Hé aquí otros tantos puntos largamente debatidos, de muy difícil esposicion en este lugar, y que es harto difícil determinar bien, á causa del considerable número de galerías descubiertas alrededor de Roma.

Su aspecto es irregular; las galerías son muy bajas en unos sitios y mas altas en otros, siempre bastante estrechas, con escavaciones laterales y sobrepuestas, á fin de colocar en ellas los muertos; están

abiertas en una toba verdosa, resistente en unos lugares, y que se desprende pulverizada en otros. Las galerías desembocan por lo regular en unas rotondas mas espaciosas, en las que hay altares donde se celebraban los misterios de la religion. Algunos cirios

ardian hoy delante de un altar dedicado á san Maximino. Recorrí un pequeño número de estas galerías, que el sacristan me aseguró se prolongan hasta el mar; cosa que me resolví á creer bajo su palabra. Por lo demás, la parte interesante de las catacumbas es



El Papa llevando el Santísimo Sacramento en la capilla Sixtina.

la llamada de *San Calisto*, cerca de San Sebastian; allí se hallan las mayores capillas cristianas y las pinturas sagradas mas dignas de atencion. Pero sólo se permite la entrada en ciertos dias de la semana y á ciertas horas, porque se trabaja continuamente en aquellos subterráneos.

Volví á Roma, pues me faltaba visitar las reliquias

conservadas en Santa Bibiana, y llegué á la puerta Mayor (al otro extremo de la Roma desierta), pasando por San Estéban el Redondo y San Juan de Letran; camino poco recto, pero que hacen inevitable la falta de calles y la estension de terrenos cultivados dentro de la misma ciudad. Santa Bibiana, situada en un barrio enteramente despoblado, entre San-